



EL AFFAIRE SNOWDEN: UNA SAGA CON ECOS DE GUERRA FRÍA

Por Emilio Ordoñez

La situación de Edward Snowden, ex contratista de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés) comienza a asemejarse a un libreto de Hollywood. Varado en el aeropuerto de Sheremetyevo, en Moscú, e imposibilitado tanto de entrar en territorio ruso como de buscar asilo en un tercer país, su derrotero y su destino, digno del mejor guión cinematográfico, comienza a generar consecuencias de magnitud ya que detrás del escándalo se desarrolló una feroz pulseada diplomática entre Rusia y los EEUU, que se suma a las tantas que se han dado en el último año.

RELACIONES RUSIA – EEUU: HACIA UNA POLÍTICA DE DESGASTE

Tras su huida del aeropuerto de Hong Kong y su llegada a Moscú, la estrategia de Snowden consistió en recalar en Moscú como puerto de tránsito hacia un tercer país. Tras sus revelaciones en torno al esquema de espionaje global implementado por los EEUU a tanto a nivel interno como ex-

terno, pronto se encontró acorralado en el aeropuerto ruso, con su pasaporte inhabilitado y con la perspectiva de ser capturado por la justicia norteamericana, con la posibilidad de ser incluso condenado a muerte por cargos de alta traición.

“Pronto comenzaron a revelarse obstáculos que sirvieron, en última instancia, como argumentos para que Rusia llevara adelante una virtual estrategia de desgaste de las posiciones estadounidenses, mediante la negativa a extraditar a Snowden.”

Desde un principio Snowden pareció convertirse en una molestia diplomática para el gobierno de Vladimir Putin, precisamente en un momento de extrema complejidad en el plano externo, con la guerra civil siria en pleno proceso y, relacionado a esto, la incertidumbre en torno a la posible fecha de realización del Congreso de Ginebra que, en teoría, debería proponer una hoja de ruta con vías a la solución política del conflicto sirio, todo ello enmar-

cado en el apoyo ruso al régimen de Bashar al-Assad y en la disputa con Estados Unidos en torno al apoyo de este último a los rebeldes y las acusaciones cruzadas de ambos bandos por el uso de armas químicas. El caso Snowden terminó dejando

este debate en un segundo plano y propuso un nuevo escenario de conflicto entre las partes.

Es por esto que la primera reacción de Putin fue de cautela, al anunciar que se le concedería a Snowden el asilo político a condición de que éste cesara sus actividades en contra de los intereses norteamericanos. Si bien esto fue percibido como un gesto positivo hacia EEUU en el momento más álgido del escándalo de espionaje, pronto

comenzaron a revelarse obstáculos que sirvieron, en última instancia, como argumentos para que Rusia llevara adelante una virtual estrategia de desgaste de las posiciones estadounidenses, mediante la negativa a extraditar a Snowden.

El primero de estos obstáculos tuvo que ver con la imposibilidad de aquél de alojarse en un tercer país. Una a una fueron cayendo las 21 solicitudes de asilo, desde India hasta Italia, pasando por Brasil. La especulación más difundida fue la de una presión diplomática ejercida por EEUU sobre estos países, tomando en cuenta además el escandaloso incidente del cierre de los espacios aéreos de cuatro países europeos al avión presidencial del presidente boliviano Evo Morales ocurrido sólo semanas atrás, hecho también adjudicado a la presión estadounidense. Es por ello que desde el gobierno ruso se adujo que no había sido Moscú quien había iniciado el conflicto al mantener a Snowden en el aeropuerto, sino que esto fue producto de la continua presión por parte del Departamento de Estado sobre

Snowden y sobre los potenciales países de destino.

Un segundo motivo fue la territorialidad de la zona de tránsito, sitio en donde se alojaba Snowden. Según las autoridades rusas, dicho espacio no constituía jurídicamente territorio ruso, por lo que no existía potestad por parte de Rusia para detenerlo. Pero tal vez el argumento más poderoso y el que generó mayor controversia sea la inexistencia de un tratado de extradición entre Rusia y EEUU. En este último caso -y más allá de los pedidos del presidente Barack Obama de gestos de buena voluntad en aras de las relaciones bilaterales- lo cierto es que todo el affaire Snowden cobró ribetes de una auténtica vendetta política, luego de que portavoces del gobierno afirmaran que EEUU había negado en su momento la extradición de dos presuntos terroristas chechenos, Ilyan Akhmedov y Tamás Nalbandov, acusados de atentados e intentos de secuestro respectivamente, quienes viven actualmente en territorio norteamericano.

La pulseada política cobró aún más importancia en tanto las revelaciones de Snowden comenzaron a tener consecuencias sobre las relaciones estadounidenses con países amigos y aliados. La aparición de una central de recolección de datos en Brasil y la desclasificación de nuevos informes en torno a maniobras de espionaje sobre objetivos en Francia y Alemania contribuyeron a una merma en la imagen internacional de la Administración Obama, así como también hizo aumentar la presión sobre el presidente estadounidense a nivel interno en torno a la repatriación de Snowden. En este sentido, puede decirse que la mencionada estrategia de desgaste rusa tuvo el efecto de remarcar la debilidad relativa de la Casa Blanca en cuanto a política exterior, al mismo tiempo que apuntaló el perfil de Rusia



como una potencia que sostiene su posición ante su clásico rival, tal y como se desprende de las declaraciones de Putin.

LA VARIABLE INTERNA: DEFENDIENDO LAS LIBERTADES GIRANDO A LA DERECHA

El affaire Snowden tuvo también su correlato en la agenda interna rusa. Además de apuntalar el perfil internacional del país, el conflicto diplomático sirvió a los propósitos de posicionarse como un país comprometido en la defensa de los derechos humanos y las libertades políticas, en momentos en que existen numerosas críticas en torno a Putin en este aspecto. Deben recordarse las presiones internacionales en torno al caso del candidato a la alcaldía de Moscú Alexei Navalny, considerado un rival directo de Putin, quien fuera encarcelado durante el pasado mes de junio por un polémico caso de fraude empresarial y puesto en libertad al día siguiente, en lo que muchos analistas han considerado un mensaje coercitivo para otros posibles contendientes al presidente ruso.

Las declaraciones del propio Snowden en las que éste se consideraba a sí mismo como un perseguido político otorga-

ron un argumento discursivo al gobierno ruso para fundamentar la negativa a su extradición, sumado esto a los temores del ex contratista de ser torturado o condenado a muerte en caso de tener que enfrentar a los estrados de su país. Por otro lado, la disputa diplomática permitió que las controversias generadas por la reciente iniciativa legal de la Administración Putin en contra de las manifestaciones de la comunidad homosexual quedaran en un segundo plano, en lo que parece constituir la constatación del acercamiento de Putin a las posiciones de la Iglesia Ortodoxa, en un viraje de corte aún más conservador en materia de política interna.

Parece existir un consenso en que las revelaciones de Snowden continuarán teniendo repercusiones en el futuro previsible. Por lo pronto, la rencilla entre ambas potencias ha sembrado dudas sobre la celebración de la cumbre bilateral entre Putin y Obama en el marco de la próxima reunión del G-20 en San Petersburgo. También ha generado otros movimientos, en este caso menos perceptibles, como el reclamo por parte de senadores republicanos de cambiar la sede de dicha reunión. Lo cierto es que el affaire Snowden contribuyó a exacerbar las peores visiones mutuas de uno y otro lado del mapa: del lado esta-

dounidense, el disgusto por lo que se considera otra bravata de Putin que marcará el tono de las relaciones futuras con la Administración Obama. Del lado ruso, la confirmación de la voluntad de presión de EEUU sobre Rusia, abriendo un nuevo frente de confrontación en una agenda ya cargada de desacuerdos mutuos.

Más allá de las gestiones en el más alto nivel en torno a la posible extradición de Snowden, no está claro cuál será su futuro inmediato. Acorralado en un aeropuerto, perseguido por el gobierno de su propio país y con el apoyo tácito de Moscú, el escándalo en torno a Edward Snowden tendrá consecuencias que trascienden al propio contratista, las que pueden marcar, entre otros tantos ejes, el ritmo futuro de la tirante relación entre Rusia y EEUU, lo que parece traer al presente aquellos tonos previos a la caída del Muro de Berlín. La cuestión siria, el escudo antimisiles y, ahora, el escándalo Snowden han contribuido, en definitiva, a reavivar las rencillas de antaño y devolver al mundo, aunque solo haya sido por un mes, a un clima de Guerra Fría casi olvidado.